dad del cristiano? Consiste en que la humanidad v la caridad, que provienen de dos principios distintos están tambien animadas de espíritus muy diferentes; consiste en que la humanidad del sabio producida por una sensibilidad natural, no la afectan sino muy ligeramente los males que no tiene á la vista, y por sí no es capaz de grandes empresas. Esta sensibilidad, ademas, la debilita y muy de ordinario la apaga un amor esclusivo de nosotros mismos, que agota todos los recursos en los placeres, y en el lujo: mas la caridad, que es la humanidad del cristiano, tiene en la gracia de Jesucristo, y en los grandes fines de la fé, una fuerza sobrenatural que hace comunes nuestros intereses y los de nuestros hermanos; que sustituve á las exijencias del lujo y del capricho, las necesidades verdaderas, y se vale de industria y de voluntarias privaciones para proporcionar recursos al indigente. La humanidad ve solo en las desgracias al hombre que sufre; mas la caridad ve en el hombre á Jesucristo, que sufre, á Jesucristo que implora para el hombre la misericordia que ha tenido para nosotros; y por consiguiente, la caridad respeta en los desgraciados la misma pobreza, los padecimientos, que les hacen parecerse mas á Jesucristo. La humanidad buscando recompensa, ó en la satisfaccion del bien que hace, ó en el aplauso de los hombres, es siempre débil, y por lo comun despreciable en sus motivos; desaparece enteramente, cuando le falta este apoyo; enmudece á la vista del malo que escita su indignacion, ó del enemigo que provoca su venganza: mas la caridad aspira al reino de los cielos, segura de conseguir el perdon, perdonando [1], y la misericordia, haciendo misericordia [2]; la caridad, que hace que el que haya sembrado bendiciones, recojerá tambien bendiciones [3]; que cada uno sea medido con la misma medida con que haya medido á los demas [4]: la caridad que se halla animada por la certeza de las promesas y con la inmensidad de las recompensas encuentra en la eficacia de sus motivos y en la energía de la fé, una elevacion y una fuerza, capaces de comprenderlo y de sufrirlo todo.

CAPITULO III.

De los principales deberes que nos prescribe Jesucristo, con relacion al érden público.

Habiendo Jesucristo venido á traer la paz al mundo, proveyó, no solamente al bien de cada

¹ Math. 6, 14, 15.

²⁴ Ib. 5, 7, limed, and als occupanty, re-bas le street

^{13 12.} Cor. 9, 6. 200 : 15 days valents Arrang metal

⁴ Math. 7, 2.

uno en particular, sino tambien al bien genera de los pueblos, uniendo entre sí los miembros de la sociedad civil, por medio de los lazos de la subordinacion: todos sus preceptos los dejó establecidos sobre este gran principio de la Ley natural, á saber: que siendo Dios el autor del órden, no podia violarse el órden público, sin contrariar su voluntad suprema; y él ha desenvuelto este principio, le ha dado la mayor elevacion, ha derramado sobre la luz mas viva, haciéndonos considerar los objetos bajo un nuevo punto de vista.

ARTÍCULO I.

De los deberes que Jesucristo impone á los casa dos y á los amigos.

Hemos dicho ya que siendo el matrimonio respetable así en su institucion como por su fin, la felicidad de esta alianza sagrada dependia del espíritu que se llevase á ella; y que los esposos sin costumbres, no podrian dejar de hacerse infelices. Tambien hemos observado, que esta sociedad la habia establecido, no el instinto brutal, sino la sabiduría del Criador, para la propagacion del género humano; para el bien y utilidad de los hijos; para el órden y reposo de las familias; para el bien general; de la socieda: que la satisfaccion de los sentidos, único fin que se proponia el

hombre carnal, solo es un medio que entra en el órden de la creacion para llenar los designios del Criador; y que cuanto se apartaba de las miras de la Providencia, era criminal á sus ojos. Los gentiles, al casar sus mugeres, decia el ángel á Tobías, apartan su espíritu de Dios, para entregarse á sus deseos: mas tú, tú recibirás á Sara en el temor del Señor, mas bien que con el objeto de dejar una descendencia, ó de satisfacer á tus inclinaciones; para que así heredes en la persona de tus hijos las bendiciones que Dios dió á Abraham (1).

Pero pasando todavía Jesucristo mas adelante, nos manifiesta en la union del hombre con la muger, el símbolo de la que él mismo ha contraido con su Iglesia (2). Bajo este punto de vista, esta primera sociedad, tan respetable en su orígen, pero que el hombre sensual y terreno habia degradado, se deja ver con toda la dignidad, con toda la pureza convenientes á la santidad de su autor, viniendo á ser Jesucristo y su Iglesia los modelos de los esposos.

Arrastrado el hombre por un instinto brutal á contraer unos empeños que se alejaban de su verdadero fin, bien pronto pasó de la pasion mas des-

¹ Tob. 6, 17, &c.

² Eph. 5, 32.

enfrenada, al fastidio y al desprecio. Queriendo. entonces satisfacer la inconstancia de sus gustos y la volubilidad de sus deseos con la pluralidad de mugeres y libertad de divorcio, se apartó aun mas de las miras del Criador, llevando al seno mismo de las familias un nuevo gérmen de discordias. La nueva esposa era rival de la primera, y ambas inspiraban á sus hijos los sentimientos de su rivalidad. Una muger repudiada sabria comunicar á los suyos su despecho y animosidad. La que logró suplantarla, se vengaria con malos oficios del odio de su contraria. El corazon del marido se dividia, se resfriaba, se disgustaba. Los hijos, tomando naturalmente parte en las querellas de sus madres, no podian menos de mirarse como rivales domésticos, y la casa paterna venia á ser un foco perpetuo de turbacion y disputas.

Jesucristo, sin condenar las inclinaciones del corazon humano, las modera, las dirije, las esclarece, las sujeta á la regla de las costumbres. y al bien de las familias, renovando la unidad é indisolubilidad primitivas del matrimonio. El mismo es el único esposo de la Iglesia, esposa única suva. La caridad es la que estrecha los nudos sagrados de estos dos esposos celestiales, y la santidad forma su gloria. Toda la bellema de la Iglesia está en sus virtudes: á su imitacion los esposos de la tierra deberian ser santos, para conseguir el

ser presentados como una vírgen casta á Jesucristo (1).

"La muger no debe poner su gloria en los adornos esteriores, sino en adornar el hombre invisible y oculto que está en el corazon con la pureza incorruptible de un espíritu lleno de mansedumbre y de paz, que es un ornato magnífico á los ojos de Dios, y en darse á respetar por su modestia y por la integridad de sus costumbres (2)." Habiéndola sido dado el marido por gefe, debe honrarle por su amor, por su respeto, por su temor, debe serle sumisa, como lo está la Iglesia á Jesucristo (3), pero por un amor santo y racional, no por un amor servil y desarreglado (4).

El hombre, lejos de prevaletse de su superioridad, por el contrario, ha de soportar los defectos de su compañera, compadeciéndose de su debilidad. Debe amarla como Jesucristo amó á su Iglesia, quien se entregó á la muerte para santificarla, y hacerla parecer á sus ojos llena de gloria, sin tacha, sin arruga, santa é irreprensible (5). Debe vivir prudentemente con ella; tratarla con honor y distincion como á sexo mas débil; tenien-

^{1 1} Cor. 11. 2.

^{2 2} Petr. 3, 3, 4.

³ Eph. 5, 22, 23, 24.

^{4 1 =} Petr. 3, 3.

⁵ Eph. 5, 25, 26, 27.

do presente que, así como él, es ella tambien he redera de la gracia que dá la vida: de suerte que no se oponga obstáculo alguno para impetrarla (1). De esta manera, la muger estará subordinada, sin ser avasallada: mandará el marido sin dominar; y el amor santo que santificará su matrimonio, les dictará todos sus deberes, y hará su mutua felicidad, sin dejarles sentir el yugo de su dependencia.

Los tesoros de Jesucristo, sus gracias, los dones de su espíritu, el poder de su ministerio, las virtudes y trabajos de los santos, su religion, su doctrina, son como bienes comunes de su Iglesia (2). Los dos esposos celestiales tienen una misma voluntad para conservarlos: concurren ambos á la propagacion, á la salud y á la felicidad de sus hijos: la Iglesia por su vigilancia, por su solicitud, y por la sabia distribucion de los bienes espirituales de que es depositaria; y Jesucristo, ilustrándola con sus luces, asistiéndola con su gracia, protejiéndola con una providencia especial, y dando á todos la vida de la gracia. Siempre el mismo espíritu, la misma ley, las mismas miras, la misma herencia, la misma morada. La concordia y la paz, la dicha y la abundancia reinan, con la confianza y la caridad, en esta familia santa, por la sumision de los hijos á la Madre, y de la Madre á su Esposo. Su union es inalterable, porque su espíritu no se muda nunca; y cuantos siembran la discordia entre los hijos, son echados fuera de la casa del padre de familias.

Conformándose con este modelo divino, el marido y la muger unirán sus deseos, sus cuidados, sus consejos para la educacion de sus hijos y administracion de sus bienes, cada uno segun la medida de las facultades que han recibido; y hallarán, en el cumplimiento de sus deberes, en el respeto, estimacion y deferencias de un amor recíproco y bien ordenado, en las dulzuras de una sociedad apacible, en la honestidad y subordinacion de una familia religiosa, estímulos para la virtud, ayudas y consuelos para soportar, para santificar las penas de la vida, y todas las ventajas que el Criador se propuso en la institucion del matrimonio.

Aunque Jesucristo no determina los deberes de la amistad, hace aun mas, sin embargo; y por un carácter de grandeza y de santidad que diviniza su ley santa, trasforma la amistad misma en una virtud eminente, que abraza todas las cualidades, todos los deberes, todas las utilidades en un grado tal de escelencia, que escede infinitamente á todo lo que el heroismo de la amistad pudo jamas

¹ Petr. 3, 7.

^{2 2} Cor. 3, 22, 23.

imajinar de grande y generoso. En su religion la amistad es caridad. ¡Caridad! Virtud divina que puede con toda propiedad decirse la amistad de Dios; y que teniendo su orígen en el seno del Eterno Padre, Jesucristo la derramó sobre la tierra para perpetuarla en la Iglesia, para santificar á sus hijos, y para propagar entre ellos todas las demas virtudes. ¡Caridap! Virtud indefectible é inmortal, que subsistirá en el cielo aun despues de evacuadas la fé y la esperanza, para reinar eternamente en el reino soberano, que será el imperio mismo de Jesucristo.

Y en efecto: ¿qué viene á ser la amistad del mundo, su solicitud, sus complacencias, su fidelidad, comparadas con esta caridad viva, ardiente, desinteresada, que de nada se ofende, por nada se irrita, que se aflije con los aflijidos, y con los alegres se alegra (1), que no ve mal alguno entre los hombres en que no tome parte su compasion (2)? ¿Que se hace todo para todos, á fin de ganar á todos para Jesucristo (3)? ¿Que no deseando ni sus bienes, ni su favor, ni su aprecio, ni aun su benevolencia, está dispuesta á sacrificarlo todo por hacer á todos felices (4), llegando hasta desear ser

por sus hermanos anatema [1]? Caridad que mirando á Jesucristo, sobre todas las cosas, y no obrando sino por él, ni amando á los hombres mas que por él, evita cuanto pueda perjudicarles, al mismo tiempo que á nada se niega de cuanto pueda serles útil, dedicando el hombre todo entero sus trabajos, su reposo, su fortuna, y hasta su misma vida á la salud de sus hermanos, como á un bien que á todos es comun. "Sí, todo es para "vosotros, decia el Apóstol á los de Corinto: todo "es para vosotros, sea Pablo, sea Apolo, sea "Cephas; y el mundo, y la vida, y la muerte, y "las cosas presentes, y las futuras: todo es para "vosotros. Vosotros sois de Jesucristo, y Jesu-"cristo es de Dios [2].

Los frutos de esta amistad verdaderamente divina no consisten únicamente en consuelos y alivios para esta vida frágil y perecedera: aunque la caridad los proporciona, los asegura, los multiplica, no se contenta con esto, pasa aún mas adelante. Ella distingue bienes todavía mas efectivos y consistentes; la santidad del hombre, la perfeccion del hombre, la verdadera felicidad del hombre: hé aquí su objeto principal, sin que cese su

¹ Rom. 12, 14, 15.

^{2 2} Cor. 11, 29.

³ Philip. 1, 8 et sequent. -1 ? Cor. 9, 22.

^{4 2} Cor, 12, 14, 15.

¹ Rom. 9, 3.

^{2 1} cor. 3, 22.

solicitud hasta haber hallado la bienaventuranza. que consiste en el reino de Dios. No es la conformidad de gusto, de edad, de condicion, lo que forma los vínculos de esta amistad celestial; ni tampoco las miras de cosas puramente humanas las que la constituyen: ni es aquella amistad afectuosa que no pasa de los límites de la sensibilidad, y escluye al hombre vicioso, al hombre inútil, para encerrarse en un estrecho círculo. La caridad que toma la semejanza de Jesucristo, imita tambien su grandeza, su escelencia, su inmensidad. Ella abraza á todos los hombres, haciendo al hombre amigo de todos: amigo del hombre caprichoso y descontentadizo, cuyos defectos soporta: amigo del hombre malo, que desearia hacer bueno: amigo del hombre enemigo, cuvo odio procura vencer: amigo del hombre bárbaro, del hombre desconocido, porque ella desea con sinceridad la dicha de todos. ¡Virtud celestial! Que vive, no animada de una sensibilidad natural tan débil, tan inconstante como el corazon humano de quien es hija, sino de este espíritu divino, eterno, inmutable, que la comunica tanta dignidad y tanta energía. Independiente de la instabilidad de los sentimientos y de las circunstancias, descansa en las promesas solemnes que se le han hecho, y en las grandes verdades que se le han revelado, y sobre unas y otras se eleva hácia el cielo, como apoyada sobre una basa inmóvil, que ni los vientos, nia las tormentas podrán trastornar jamas.

Oh vosotros que pedis amigos, y os quejais quizá de no haberlos encontrado todavía! Buscadlos, no en las sociedades que levantó el interes, la vanidad, el amor á los deleites, la ociosidad, sino en la religion de Jesucristo; y por do quiera que hallareis verdaderos cristianos, estad seguros de que habeis tambien hallado verdaderos amigos. Jesucristo, verdadero amigo de los hombres, amigo de todos, dió su vida por todos. ¿ Podria amarnos mas el que siendo Dios ama á los hombres por bondad y misericordia? Tomó sobre sí nuestras enfermedades, para esperimentar así por nosotros aquel tierno afecto de la amistad y de la compasion, que no podia sentir como Dios (1). Escojió amigos de entre los hombres: les dió este título: los distinguió con gracias especiales, por una predileccion particular de esta amistad, á un tiempo sensible y divina. Ya no os llamaré siervos, sino amigos, dijo á sus discípulos, porque os he manifestado lo que he oido de mi Padre (2). Sintió en sí las dulces emociones de la amistad: se conmovió, derramó lágrimas sobre el sepulcro de Lázaro, á quien honra con el nombre de amigo (3).

¹ Heb. 4, 15.

² Joan. 15, 13, 14, 15.

³ Ib. 11, 11, 35. and the out of the strong at the strong

Se enterneció cuando llegó el momento de dejar á sus discípulos, que quedaban solos en medio de las persecuciones y padecimientos; pero ofreció antes la sangre preciosísima que iba á derramar, para implorar en su favor la proteccion de su Padre celestial. Pide, no que se eximan del doloroso sacrificio que les estaba reservado, sino que le fuesen reunidos en el mismo reino. "Padre mio, dijo orando por ellos: y o he manifestado vuestro nombre á los que me disteis. No ruego por el mundo, sino por ellos que son vuestros. Yo no estoy mas en el mundo; mas ellos quedan todavía en el mundo, y yo voy á vos. Salvadlos, Padre Santo, por vuestro nombre. Que ellos no sean mas que una sola cosa como somos nosotros. Mientras que he estado con ellos, los he guardado en vuestro nomre; mas ahora que yo voy á vos, haced que tengan dentro de sí la plenitud de mi alegría. El mundo los aborrece, porque no son del mundo: no os pido que los quiteis del mundo, sino que los libreis del espíritu maligno. Santificadlos con la verdad. Yo los he enviado al mundo, como vos me enviasteis Yo me ofrezco en sacrificio, yo me entrego á la muerte por ellos, para que sean santos. Yo ruego por ellos, ruego por los que han le creer en mí para que sean una misma cosa congran como vos estais en mí, y yo en vos. Les he unas icado la gloria que vos me habeis dado (la

caridad que he recibido de vos), para que sean consumados en la unidad. Que el mundo conozca que vos los habeis enviado, que los habeis amado, como me habeis amado á mí. ¡Oh Padre mio! yo quiero que en donde yo estoy estén ellos conmigo, que vean la gloria que me habeis dado antes de la creacion del mundo. ¡Oh Padre justo! el mundo no os ha conocido, mas yo les he manifestado vuestro nombre para que yo esté entre ellos con aquel amor con que vos me habeis amado (1)." ¡Oh lenguaje sublime de una amistad verdaderamente divina!

Pero este amor sagrado que trascendia sobre los demas afectos de la humanidad santísima de Jesucristo, se ordenaba y dirijia á la distribucion de sus gracias; habiendo declarado que no á él, sino á su Padre correspondia señalar las primeras sillas en su reino (2); y conforme á la voluntad de su Padre, no obstante su predileccion por los hijos del Zebedeo, no al discípulo amado, á solo Pedro, fué á quien dió la primacía de jurisdiccion en su Iglesia (3).

¹ Joan. 17, 6 et sequent.

² Matth. 20, 23.

³ Ib. 16, 18.